

Tenemos toda la garantía

Homilía, 26 de abril de 1970

Quinto domingo de Pascua

Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el viñador. El corta todos mis sarmientos que no dan fruto; al que da fruto, lo poda para que dé más todavía. Ustedes ya están limpios por la palabra que yo les anuncié. Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes. Así como el sarmiento no puede dar fruto si no permanece en la vid, tampoco ustedes, si no permanecen en mí.

Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer. Pero el que no permanece en mí, es como el sarmiento que se tira y se seca; después se recoge, se arroja al fuego y arde. Si ustedes permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y lo obtendrán. La gloria de mi Padre consiste en que ustedes den fruto abundante, y así sean mis discípulos.¹

Esta comparación que hace Jesucristo entre su relación con nosotros y la de la vid con sus sarmientos, tiene un sentido muy claro. Sobre todo si, por la gracia de Dios, estamos iniciados en la fe con sus datos fundamentales, y en lo básico de la ^aascética y de la teología espiritual.

Sabemos que en el mundo de la naturaleza no existe

¹ Jn 15, 1-8

nada sino en tanto en cuanto Dios, junto y dentro de ese ser, lo está creando permanentemente.

No existe nada que permanezca en su existir, si no es por una acción constante de Dios que lo conserva en el ser.

Mucho más íntimamente de lo que una rama vive por la savia que le viene de su tronco y de su raíz, porque aunque no le llegara esa savia, al menos podría subsistir como estructura de un leño seco; mucho más en nuestro caso, no podemos vivir, ni ser de alguna manera, no podemos existir como seres, ni distinguirnos de la nada, si Dios no nos da continuamente la creación y la permanencia en la existencia.

Esto vale para todos los seres creados: vale para los hombres, vale para los animales, para las plantas, para las piedras, para el aire, para los seres invisibles del mundo animal, vegetal o mineral que solamente descubre el microscopio, o que ni siquiera los medios más adelantados de la óptica, o de la física y de la química pueden descubrir en el estado actual de la ciencia.

Pero, en este texto de san Juan, el Señor está hablando de otro asunto. Nos habla de la relación particular que tenemos con Él, no en cuanto Verbo de Dios en la Trinidad, sino en cuanto Hombre, como Verbo Encarnado.

Jesucristo se vincula de un modo particular con los cristianos que por el Bautismo fuimos incorporados a Él, precisamente como sarmientos o ramas, pegados al tron-

co, injertados en la cepa de la cual vamos a recibir, continuamente, la savia vivificante de la gracia.

San Pablo nos pone otro ejemplo para explicar la misma realidad, la misma verdad: Jesucristo es la Cabeza, nosotros somos los miembros².

Así como la biología y la fisiología descubren nuevas funciones y dependencias de todo el organismo respecto de la cabeza y del cerebro, hace ya dos mil años San Pablo, para describir la dependencia de nuestra vida sobrenatural, usaba esta figura comparativa de la relación de los miembros del cuerpo con la cabeza. Y la cabeza es Jesucristo.

Al bautizarnos nos incorporamos a Jesús; a través de su alma humana la vida divina llega a la nuestra, y esa participación de la naturaleza divina nos trae todo lo necesario para poder operar en consecuencia. La gracia santificante que se posa sobre nuestra alma es un resplandor, una fuerza, un fuego que penetra nuestro espíritu y trae consigo la fe para elevar nuestra inteligencia, la esperanza –en parte en la voluntad y en parte en la inteligencia– y la caridad para entrar en la voluntad. Y con las tres virtudes teologales recibimos las virtudes morales y los dones del Espíritu Santo.

Jesucristo nos dice que vamos a conservar y aumentar la vida divina, en cuanto estemos íntimamente unidos a Él, como lo está el sarmiento a la cepa de la vid. Si no lo

² cfr 1 *Cor* 12, 12-21

está, el sarmiento se seca y entonces se lo corta y se tira. Fijémonos bien: se lo arroja al fuego.

Si no estamos unidos a Jesucristo por la gracia santificante; si no hemos recibido el Bautismo en ninguna de sus formas posibles, o si habiéndolo recibido perdemos la gracia por un pecado mortal, quedamos separados de la Cabeza, y —mientras no volvamos a unirnos a Él por el arrepentimiento sincero, el pedido y la recepción del perdón— después de la muerte nos espera el infierno; y esto, porque al habernos separado libremente de Jesucristo, seremos cortados definitivamente de su Cuerpo para ser arrojados al fuego como los sarmientos secos.

Así como en un árbol puede haber una rama seca, que a pesar de estarlo sigue unida de alguna manera aunque no sea de un modo vital, así permanecemos en el cuerpo de la Iglesia que es el cuerpo de Cristo, aunque estemos en pecado. Pero llegado el momento del fin de nuestra existencia y del juicio particular, esa ligazón —incluso jurídica, semejante a la que tiene la rama seca con el tronco— esa unión se corta y el condenado ya no tiene relación con Cristo en ningún orden, como la rama cortada nada tiene que ver, en ningún sentido, con el tronco.

Jesucristo nos recuerda que, por otra parte, puede ocurrir que una rama unida al tronco —y por eso con vida— también en ese caso puede sufrir algún corte: es en la poda, no para cortarla y tirarla, sino para darle nueva vitalidad. El Señor hace referencia, no al dolor tremendo

del infierno sino al del purgatorio, o al dolor que en la tierra tengamos, porque Dios lo quiere positivamente o lo permite, según los casos, para purificarnos y hacer que la vida divina adquiera en nosotros mayor esplendor.

Sin embargo, en este texto el Señor nos insiste para que permanezcamos unidos a Él como Él lo está con su Padre. Se refiere a la unión íntima que tienen el Padre y el Hijo en la Trinidad, en el amor del Espíritu Santo, y en ese contexto coloca nuestra unión con Él.

La enseñanza progresa porque no se trata sólo de estar unidos a Jesucristo por la gracia santificante, y porque cumpliendo lo fundamental del Evangelio adquiramos méritos –en Cristo– para no ser cortados y así la vida divina circule siempre por nuestras venas espirituales; no se trata sólo de que rezando y haciendo obras buenas, esa vida afluya cada vez más intensamente a nuestra alma. Se trata de algo más: en la Trinidad, el Padre, Jesucristo y el Espíritu Santo, junto con la comunicación interna de la vida divina, operan en una identidad total: lo que piensa el Padre, lo piensa el Hijo, y lo piensa el Espíritu Santo; lo que quiere el Padre lo quieren las otras dos Personas; lo que desea, lo que resuelve, lo que aspira, lo que intenta cualquiera de las Personas divinas, eso mismo, en la unidad de la única naturaleza divina, también las otras dos Personas lo operan dentro de sí.

A este modo de unión con Él nos llama Jesucristo: a una unión tal que nuestro pensamiento se identifique con el del Señor, nuestra voluntad con la suya, nuestro

corazón con su corazón. Todo nuestro vivir espiritual y psicológico se identifique con el vivir de Jesucristo.

¿Cómo? Dándole en nuestro interior tal audiencia, tal atención espiritual que esté dispuesto permanentemente a sugerirnos lo que hemos de pensar. Más aún, esté dispuesto a ponernos sus pensamientos en nuestra mente, sus deseos y decisiones en nuestra voluntad, sus sentimientos en nuestro corazón, su propio clima espiritual en el nuestro, en nuestra psicología.

Jesucristo está dispuesto a hacerlo si, libremente, una vez que Él coloca sus inspiraciones en nuestra inteligencia y sus mociones en nuestra voluntad, las aceptamos de buen grado, con gozo y nos dejamos guiar por ese pensamiento y esa voluntad, por esa luz y por ese calor. De este modo obramos lo que Dios nos va pidiendo en nuestro interior.

Así nuestra vida espiritual debe crecer y nuestra unión con Jesucristo será más perfecta. Y llegará un momento en que nuestra vida debe dejar de ser nuestra para convertirse en la de Jesucristo, como ocurría en San Pablo: *Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí*².

Tenemos toda la garantía para que nuestra vida en la tierra sea lo que debe ser: una versión nueva, actualizada, relacionada con nuestro tiempo y nuestro espacio, de la misma vida de Jesucristo. Así, nuestra vida responderá perfectamente, en ese miembro que somos, al ideal de la

² Gal 2, 20

Cabeza. Nuestra vida será la de Jesucristo redimido: *Christianus alter Christus* decían los antiguos, el cristiano es otro Cristo.

Si tratamos de vivir en la tierra en unión perfecta con el Señor, tendremos confiada seguridad de llegar a la unión perfecta del cielo, donde vamos a ver, a amar y a gozar del Padre y del Hijo —del mismo Jesucristo— y del Espíritu Santo, con el mismo gozo del Señor.